



Compañía de Jesús
Provincia de España

P. Fernando Corral Castanedo, S. I. **(Valladolid 19/03/1930-29/02/2016)**

Lo conocí en el noviciado, era de la promoción siguiente a la mía, y he convivido con él, después del noviciado y juniorado, durante quince años en el colegio de Logroño, era el comienzo de la vida activa para ambos. También he compartido comunidad con él sus últimos años en Valladolid.

Fue alumno del colegio San José de Valladolid en los años del bachillerato de siete años y reválida. Llegó al noviciado con cinco años de Universidad y su licenciatura en Historia, cosa poco común en aquella época, pero había pactado con su padre el terminar la carrera antes de ingresar en la Compañía. Desde el principio destacó entre nosotros por una madurez de pensamiento y un juicio crítico muy superior al novicio de diecisiete años que éramos la mayoría. Este rasgo le ha definido y acompañado toda la vida.

Al empezar la vida activa, su marcada personalidad y buen criterio le hicieron interesante y atractivo a los ojos de los alumnos mayores, tanto en los dos años de magisterio en Indauchu (Bilbao), como en los veintidós de Logroño, que fueron seguramente sus años más brillantes y exitosos.

Fue muy estimado en su labor docente: Historia del Arte (su especialidad, con una colección de diapositivas extraordinaria para aquellos años, reunidas por él mismo en viajes de verano) y Lengua y Literatura con los de 8º de EGB a los que exigía y pulía con una corrección minuciosa, y no sin sufrimiento de ellos, pero con mucho agradecimiento al final.

En un mensaje de pésame a través de Facebook, escribía un alumno de Logroño: *“Una gran persona sin la cual algunos no habiéramos podido estar donde estamos ni ser lo que somos. Hubiéramos sido mucho peores como personas y profesionales. Mi agradecimiento para él siempre fue constante y lamento de corazón su muerte y, algo que ya no tiene remedio, no haberle expresado en vida y en persona suficientemente mi infinita gratitud. Descansará en paz.”* Acierta, a mi parecer, este chico (hoy, magistrado de audiencia en una ciudad grande) con el sentir de muchos más que no lo han escrito ni publicado. Fernando dejó huella en muchos de bachillerato y preuniversitario que, fuera de las clases, trataban personal y frecuentemente con él.

Dice otro alumno en su pésame *“Lo siento mucho, se van nuestros referentes”*. Como tantos otros que han entregado su vida a la educación, Fernando no ha llegado a escuchar agradecimientos, ni ha tenido noticia apenas del fruto de su trabajo. En su funeral estábamos los de casa y la familia. Es el destino del educador que entrega generosamente una siembra a la sociedad y, por lo general, no tiene la recompensa de saber dónde y cuándo ha fructificado su labor.

Un rasgo de su personalidad que, aunque no era desconocido para sus compañeros de comunidad, sí constituyó siempre un cierto misterio hasta para los más cercanos, fue un

estado continuo en él de insatisfacción y búsqueda. Bien anclado en lo esencial, hay que decir sin reservas que compaginó sin embargo la fidelidad a su fe y su estado (y no le tocó vivir en tiempos tranquilos) con un sentir crítico sobre ritos y ceremoniales, mitificaciones, burocracias eclesiales y dudas sobre lo que honestamente tendríamos que hacer aquí y ahora. Ello no le paralizó en las responsabilidades asumidas en cada momento, y sí lo llevó a intentar su misión en campos distintos: Honduras, confesonario y pastoral del templo (en Valladolid, en Coruña), ministerios... que no le aquietaron la insatisfacción.

Hizo una valiosísima labor para la provincia de Castilla durante seis años, cuando le encargaron hacer el inventario del patrimonio artístico existente en nuestras casas. Una tarea para la que ciertamente era competente y que asumió con gusto. Visitó colegios y residencias y dejó en ellos magníficos dosieres, con una buenísima ficha técnica y de crítica artística de cada pieza valiosa de orfebrería, pinturas e imágenes.

No hay mucho anecdótico que contar de él. Sí hay que ponderar, eso creo, su esfuerzo de coherencia y su fidelidad a pesar de todo, que lo han acompañado hasta el final. Los últimos años, necesitando de enfermería, han tenido que ser costosos para él. Pensaba desde siempre en la ancianidad e ironizaba con mucha gracia imaginándose en la enfermería de Villagarcía, pero era la expresión de su rebeldía contra el hecho de nuestra caducidad y deterioro con el paso del tiempo. Esa situación le llegó. La asumió con su mismo carácter de estar a lo esencial y prescindir de rituales. Habrá descansado en paz, se habrá encontrado con la verdad esencial.

Siervo fiel (honesto para con su conciencia) y prudente (en la exteriorización de sus dudas y búsquedas). Vale que le apliquemos el epitafio de la tumba de Unamuno, autor de su devoción, y texto por el que sentía gran aprecio: *“Méteme, Padre eterno, en tu pecho, misterioso hogar. Dormiré allí, pues vengo deshecho del duro bregar”*.

Jesús Pérez F.-Rivera, sj
Comunidad San José de Valladolid.